

CAPÍTULO IV

BURKE EN LA DISCUSIÓN ENTRE WHIGS Y TORIES

Estamos acostumbrados a ver en el México del siglo pasado una dicotomía de liberales y conservadores. En realidad, cuando uno entra en los detalles de la documentación misma que produjo aquella discusión, esta diferenciación no resulta tan sencilla como la que solemos presentar a nivel educativo, pero, de todos modos, es menos compleja que la que se presentó entre los whigs y los tories.

Esta última dicotomía ha pasado por varias fases, y sobrevive a través de ciertas transformaciones en la política inglesa actual, pero la fase de este desarrollo que nos interesa para el presente ensayo es, evidentemente, la que correspondía a la vida parlamentaria británica de tiempos de Burke, y precisamente en aquella época la discusiones entre las diversas facciones dentro del grupo de los whigs o de los tories era cuando menos tan importante como la que observamos globalmente entre whigs y tories.

En su origen, esta distinción era bastante sencilla: en 1688, los whigs estuvieron de acuerdo con la *Glorious Revolution* y se colocaron del lado del ideal de una monarquía limitada por un parlamento eficaz, mientras que los tories vieron con algo de pena cómo el último Estuardo, Jacobo II, quijote del

catolicismo británico, saliera derrotado del país, y siguieron pugnando por las prerrogativas de la Corona.

Sin embargo, en 1688-1689 ambos partidos se encontraron relativamente cercanos: el extremismo de Jacobo II y su filocatolicismo había creado una plataforma amplia entre ellos, que hizo posible aquel siglo que para Inglaterra resultó tan positivo,⁵⁶ de 1689 a la Revolución Francesa de 1789, un siglo de relativa tolerancia y moderación entre cuyos rasgos resultan cada vez más visibles el humanitarismo administrativo y legislativo; un siglo que permitió al país dedicar su atención primordialmente a la construcción de su imperio y de su aparato económico. Y fue gracias a estos dos logros que Inglaterra pudo, luego, absorber en un ambiente de perpetuada moderación las tensiones provocadas por las consecuencias sociales de la Revolución Industrial y por la repercusión de las ideologías enviadas desde la Revolución Francesa.

Así pudo surgir, después de la liquidación de la aventura napoleónica, aquel otro siglo tan importante para el progreso de Inglaterra: el de la *Pax Britannica*, de 1815 a 1914. Esta paz, desde luego, favoreció sobre todo a su creadora, Inglaterra, pero sería necio negar que a esta fase toda la burguesía del mundo occidental debe mucho, en cuanto a su tranquilidad, su desarrollo científico y el florecimiento de las humanidades: sin este progreso de la burguesía, el socialismo que paulatinamente surgió dentro del ambiente occidental no hubiera podido obtener sus sucesivos resultados. Inclusive podemos decir, sin intención alguna de justificar imperdonables presiones de injusticia y de prepotencia cultural (inclusive religiosa), que el burguesismo occidental impuso a sus colonias —que finalmente también el mundo que ahora ya

⁵⁶ Macaulay Trevalyan habla de “aquel bendito respiro entre la Revolución inglesa y la Revolución francesa”; véase *La Revolución Inglesa, 1688-1689*, México, FEC, 1963, p. 186.

parece poder calificarse como “ex colonial”—ha obtenido algunos importantes frutos de la secuencia de estos dos siglos,⁵⁷ el de la consolidación de la tolerancia inglesa (1688-1789), y el de la *Pax Britannica* (1815-1914).

Como observa G. Macaulay Trevelyan,⁵⁸ “La Revolución [sc. de 1688] dio a Inglaterra una libertad jurídicamente ordenada, y a través de ella le dio su poderío”, y por el hecho de que Jacobo II había unido en contra de sí a grupos tan heterogéneos como eran la élite de los whigs, de los tories, de la iglesia oficial y de los grupos protestantes pero disidentes del credo anglicano, su derrota correspondía a una “victoria de la moderación—no una victoria de la pasiones whigs o tories”.⁵⁹ Después de tal triunfo de una alianza heterogénea, a menudo vemos luego una lucha por la distribución del botín, pero en este caso, afortunadamente, la clase media y la élite inglesas ya se habían acostumbrado bajo Carlos II, a no tomar los “ismos” demasiado en serio y los reyes hannoverianos, unas generaciones después, ayudaron a calmar los ánimos. “Entre las clases gobernantes, el ‘entusiasmo’ se convirtió en cosa poco recomendable”, para citar una vez más a Macaulay Trevelyan.⁶⁰

Así, dando por perdido lo que ya no podría recuperarse, los tories abandonaron la idea de un “derecho divino de los reyes”; retrocedió el tono favorable al catolicismo que originalmente se había oído frecuentemente en el campo de los tories, pero sin ceder su lugar a una fanática intolerancia anticatólica: el Estado aceptó y protegió el anglicanismo, sin llegar a extremos.

⁵⁷ De pronto recuerdo el antiguo dicho europeo de que Dios escribe recto con letras chuecas. Sin embargo, esto no deja de ser un flojo consuelo para los millones que hayan sido aplastados por lo “chueco” de aquellas letras, lo reconozco.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 184.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 185.

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 185-186.

Los whigs, por su parte, generalmente tolerantes en materia religiosa, encontraron sus partidarios sobre todo en la nueva clase media adinerada, pero también entre los propietarios caballeros del campo, el famoso *gentry*,⁶¹ un público dentro del cual uno observaba en general un apreciable nivel cultural, en aquellos tiempos: su ocio, permitido por su buen nivel económico, fue canalizado en gran parte hacia la lectura, la música y otros campos recomendables de actividad: *otium cum dignitate*. Entre ellos encontramos a muchas personas bien versadas en la antigua cultura mediterránea, y también interesadas, a nivel de buenos conocedores, en un manejo elegante del lenguaje político, de manera que Burke, imbuido de los clásicos gracias a la excelente educación que había recibido de los Quaqueros y del Trinity College, se dirigía a un público de políticos que apreciaban la versatilidad con que este autor manejaba la cultura clásica en sus discursos y ensayos.

Con la muerte de la reina Ana, en 1714, y la importación de la casa de Hannover—sobre todo bajo los dos primeros de los cuatro Jorges, que no lograron conquistar mucha simpatía entre los ingleses de la clase superior—los tories perdieron algo de terreno, pero Jorge III estuvo obsesionado por la idea de recuperar lo perdido. Bajo este monarca, nada brillante, pero aficionado a una existencia hogareña sólida y decente,⁶² y apegado a la religión oficial de su país, la diferencia entre whigs y tories continuaba perdiendo su nitidez: finalmente

⁶¹ La *gentry* es la clase de aristócratas rurales, titulares de buenas propiedades con casas amplias y cómodas, de buena cultura, pero sin títulos de nobleza: es una clase inmediatamente inferior a la de los nobles.

⁶² Era notable cómo el Rey supo tener con su esposa una perfecta relación de cordial camaradería sin forzarse a una estricta fidelidad conyugal; y el ambiente de tranquila sencillez doméstica de la familia real creaba alrededor de ella un espíritu de respeto y popularidad, que logró sobrevivir a la derrota inglesa en la crisis americana y la patética locura del Rey que desfiguraba sus últimos años. La disipación de Jorge IV, en cambio, no fue considerada muy decorosa, y preparó a Inglaterra para una caída en el otro extremo: el victorianismo.

encontramos a los nuevos tories detrás de la figura atractiva de William Pitt jr., incorruptible, espléndido orador, hombre culto (también arrogante, pero con una reconocida justificación respectiva); muchos de los whigs moderados se juntaron al joven líder, y la verdadera discusión polémica, en la política británica, en vez de llevarse a cabo entre los whigs y los tories, comenzó a manifestarse entre las diversas facciones de los whigs, centrados alrededor de líderes como North, Fox, Burke y otros —o entre facciones de los tories. Varias facciones whiguianas encontraron formas (generalmente poco estables) de parcial colaboración con aquel poderoso centro de la política que durante unos 19 años sería William Pitt: tanto entre los whigs como (desde luego) entre los tories hallamos a “Pittites”, aunque no todos ellos mostraran una constancia total. Si queremos seguir considerando a los whigs como “liberales”, *avant la lettre*, debemos verlos como liberales muy a la inglesa, bastante adogmáticos y dispuestos a cambiar su preferencia política concreta según el vaivén de los intereses y esperanzas.

Dentro del ambiente así esbozado, Burke seguía considerándose hasta el final como whig, pero en varios puntos coincidía con el gran líder tory, Pitt, y sus verdaderos adversarios eran a menudo no los tories, sino otros whigs, de facciones distintas de la suya.